

todo lo material, porque ante Dios, la suma pureza, los goces materiales son pecaminosos, y sólo el espíritu puro, generoso, alcanza la celestial dicha. Y desde las más altas jerarquías eclesiásticas al último monaguillo—excepto algún pobre diablo que cree con fe absoluta, y aun se le ridiculiza por su consecuencia—acaparan todas las posibles riquezas, viven con un lujo de comodidades que asombra y se enseñorean de todo: aconsejan la pobreza, y son ricos; predicán el amor á sus semejantes y se cansan de sacrificar á las gentes; afirman que de todas las vidas dispone Dios, y ellos las extirpan con crueldad infinita. Entonces la moral práctica religiosa es tan vituperable, que ofusca, inutiliza cuantos preceptos de moral universal contenga. Y como la historia demuestra que este mal no es una excepción, sino que de él adolecen todas las religiones, en todas las épocas, no puede admitirse de ningún modo como cierta su misión moralizadora, y bien al contrario, deben considerarse como instituciones funestísimas para la humanidad.

El profundo pensador ya citado, Bakounin, con aquel bello y elocuente estilo que le distingue, sintetiza en un párrafo toda la perversidad religiosa. «¿Será necesario repetir—exclama—de qué manera y en qué proporción las religiones envilecen y corrompen á los pueblos? Ellas destruyen su razón, el principal instrumento de la emancipación humana, y la reducen á la imbecilidad, la condición esencial de la esclavitud; deshonran el trabajo del hombre, y lo hacen signo y origen de servidumbre; matan el sentimiento y la noción de la justicia humana, inclinando la balanza del lado de los bribones triunfantes, seres privilegiados de la divina indulgencia; aniquilan la dignidad y el orgullo humano, y protegen tan solo la bajeza y la humillación; finalmente, sofocan en el corazón de las naciones todo sentimiento de fraternidad, reemplazándolo con el de la crueldad. Todas las religiones carecen de entrañas; todas se han arraigado por el derramamiento de sangre;

todas descansan principalmente en la idea del sacrificio, en la inmólación perpetua de la humanidad á la iracunda venganza de los dioses».

Con la historia en la mano puede demostrarse la verdad de estas afirmaciones, y todo el mundo puede consultarla. Sería muy larga tarea para nosotros acumular tantas citas históricas en nuestro trabajo como convendría. Por otra parte, numerosos hechos son del dominio general, para convenirse todos de la crueldad religiosa: los sacrificios mejicanos, los autos de fe en España, la Inquisición pavorosa, la matanza de hugonotes en Francia, los tremendos horrores con que se inició la iglesia anglicana, la persecución de la raza judía, el martirio y el asesinato de las más grandes lumbreras de la humanidad, especialmente en Italia, como Giordano Bruno; el aniquilamiento de pueblos por papas, zares, sultanes y todos los jefes de iglesias, y tantos sucesos que podrían recordarse forzando un poco la memoria, sin necesidad de abrir un libro, son suficientes para evidenciar que la obra religiosa es una obra de barbarie. Ella, la religión, ha sido firmísima base de todos los autoritarismos: todas las instituciones opresoras han contado con ella para esclavizar á los pueblos; ella es el origen y sostén de cuanto en la sociedad ocasiona insoportable mal-estar.

Ahora bien: ¿con qué título puede pretenderse que la religión sea buena base social si su nacimiento es la ignorancia, su historia un crimen, su moral práctica una perversidad? Absolutamente con ninguno.

Hora es ya de que la ciencia penetre en todos los cerebros, y se convenzan los pueblos de una vez para siempre que las religiones no tienen razón de ser, porque se fundan en lo sobrenatural, y fuera de la Naturaleza nada existe; que la bondad humana depende de la organización del ser, de las condiciones naturales de vida, de su perfectibilidad y de su ilustración; y que, siendo todas las religiones contrarias á la razón, al progreso, á la